

DOMÉNECH RICO, Fernando.

*Los Trufaldines y el Teatro de los Caños del Peral (La Commedia dell'arte en la España de Felipe V)*. Madrid: Fundamentos, 2007.

A comienzos del siglo XVIII, Felipe V, el nuevo rey, volvía a España desde Milán, después de su participación en diversas contiendas con otros países europeos. Le acompañaba un grupo de teatro italiano conocido como «los Trufaldines». Su llegada a la península se produjo con aparente tranquilidad, pues contaban con el beneplácito del monarca, cuya intención era que se convirtieran en la compañía oficial de la Corte. Pronto surgieron los contratiempos en una España inmersa en la Guerra de Sucesión y su estancia no fue tan apacible como inicialmente se esperaba.

Fernando Doménech Rico, profesor de la RESAD y estudioso del teatro español, especialmente del Siglo de las Luces, nos acerca en su libro a estos cómicos, sobre los que se han vertido informaciones parcialmente erróneas. Se pensaba que, gracias a ellos, la ópera se había introducido en nuestro país, pero el análisis de su repertorio y la consulta de numerosos archivos le permiten afirmar que éstos eran, en realidad, representantes de la «commedia

dell'arte» y que su aportación al género operístico no fue tan destacada. No obstante, contribuyeron a la aparición de la comedia de magia, de gran popularidad en el siglo XVIII.

El volumen se compone de nueve capítulos que, junto con la Introducción y la Conclusión, nos explican de manera pormenorizada cómo fue su estancia, los lugares donde actuaban, cómo trabajaban o el tipo de obras que llevaron a las tablas.

Doménech aborda, en primera instancia, la historia de los Trufaldines en España desde su llegada en 1703 hasta la disgregación del grupo en torno a 1725. El rey, aquejado de fuertes depresiones, abdicó en su hijo Luis en 1723. Ese mismo año, una viruela acabó con el nuevo soberano y Felipe V tuvo que retomar su puesto como monarca. Sin embargo, su salud mental estaba mermada y su intención era la de trasladarse al palacio de La Granja, en busca de una mayor tranquilidad. Son momentos de dilema para los Trufaldines, pues quedarse en la capital suponía desvincularse de la Corte y viajar con los reyes, abandonar los Caños del Peral, teatro donde hasta el momento habían trabajado. Aunque ya se habían separado con anterioridad y había llegado una segunda compañía de Trufaldines desde Italia, ante tal situación, se disuelven de manera definitiva. Sólo algunos de ellos quedan en España y realizan algunas funciones en palacio o se dedican a otros menesteres relacionados con el espectáculo.

Si bien en inicio habían llevado su repertorio a un corral situado en la calle Alcalá, con la construcción de los Caños del Peral, éste se convierte en su lugar de actuación. Doménech dedica tres capítulos a explicar las modificaciones que se produjeron en el recinto, sus periodos de abandono y su suerte posterior a la marcha de los italianos, ya que se alzó como uno de los más importantes espacios de representación

durante toda la centuria y parte de la siguiente.

No menos interesante resulta el apartado dedicado a los actores, en el que habla de quiénes eran los que formaron la primera y la segunda compañía y analiza los aspectos relacionados con las técnicas escénicas. Se centra, así, en el estudio del gesto, las máscaras, el baile, la música o la escenografía. Todo esto evidencia la labor investigadora que existe tras el trabajo de Doménech, que también se aprecia en los intentos de reconstruir el repertorio de estos artistas. Si bien muchas de las obras han desaparecido, el autor examina al menos aquellas que se conservan.

Los tres últimos capítulos son quizás los que más relieve tienen para los interesados en la cuestión genérica en el siglo XVIII. Los Trufaldines, más que la ópera, cultivaron la llamada comedia de magia, que se desarrolló en España con gran éxito gracias a la influencia italiana. Igualmente, escenificaron piezas breves como mojigangas, entremeses, bailes y otras obras de circunstancias. De todas estas manifestaciones, el investigador enumera aquéllas que se representaron y describe cómo fue su ejecución. Finalmente, gracias a la enorme popularidad de estos cómicos, fueron requeridos en las tarascas de los carros del Corpus celebradas en 1714, 1718 y 1723, cargadas de altas dosis de espectacularidad y de un fuerte simbolismo. El público sintió tal aprecio por los italianos que, después de la de 1723, no volvieron a incorporar en los carros ni polichinelas ni personajes de los que ellos utilizaban en homenaje a este grupo que había causado el regocijo de los espectadores madrileños durante más de veinte años.

El volumen se cierra con una conclusión en la que Doménech reflexiona sobre notable herencia que dejaron los Trufaldines en España. La parte material de su legado fue los Caños del Peral que, dotado

de un escenario a la italiana, se convirtió en el tercero de la capital y el primero público. Asimismo, influyeron en la comedia de magia española, que seguramente deriva de las farsas italianas.

La presencia de estos cómicos en España nos hace replantearnos algunos supuestos que se mantienen en las historias de la literatura cuando se discute sobre la dramaturgia a comienzos del siglo XVIII. Con ellos se rompe la tradicional imagen de un teatro anclado en la repetición de tópicos barrocos, puesto que la existencia de los Trufaldines confirma que el panorama era más abierto y la relación entre las tradiciones de diferentes países estaba mucho más viva.

Nos hallamos, en definitiva, ante una obra útil e innovadora que con sus planteamientos, cambia la idea que hasta el momento podía tenerse de algunos aspectos del XVIII. Doménech ha realizado una interesante y minuciosa labor de investigación que será de gran beneficio especialmente para aquellos que quieran aproximarse a la literatura de los inicios de la Ilustración.

Elena Palacios Gutiérrez